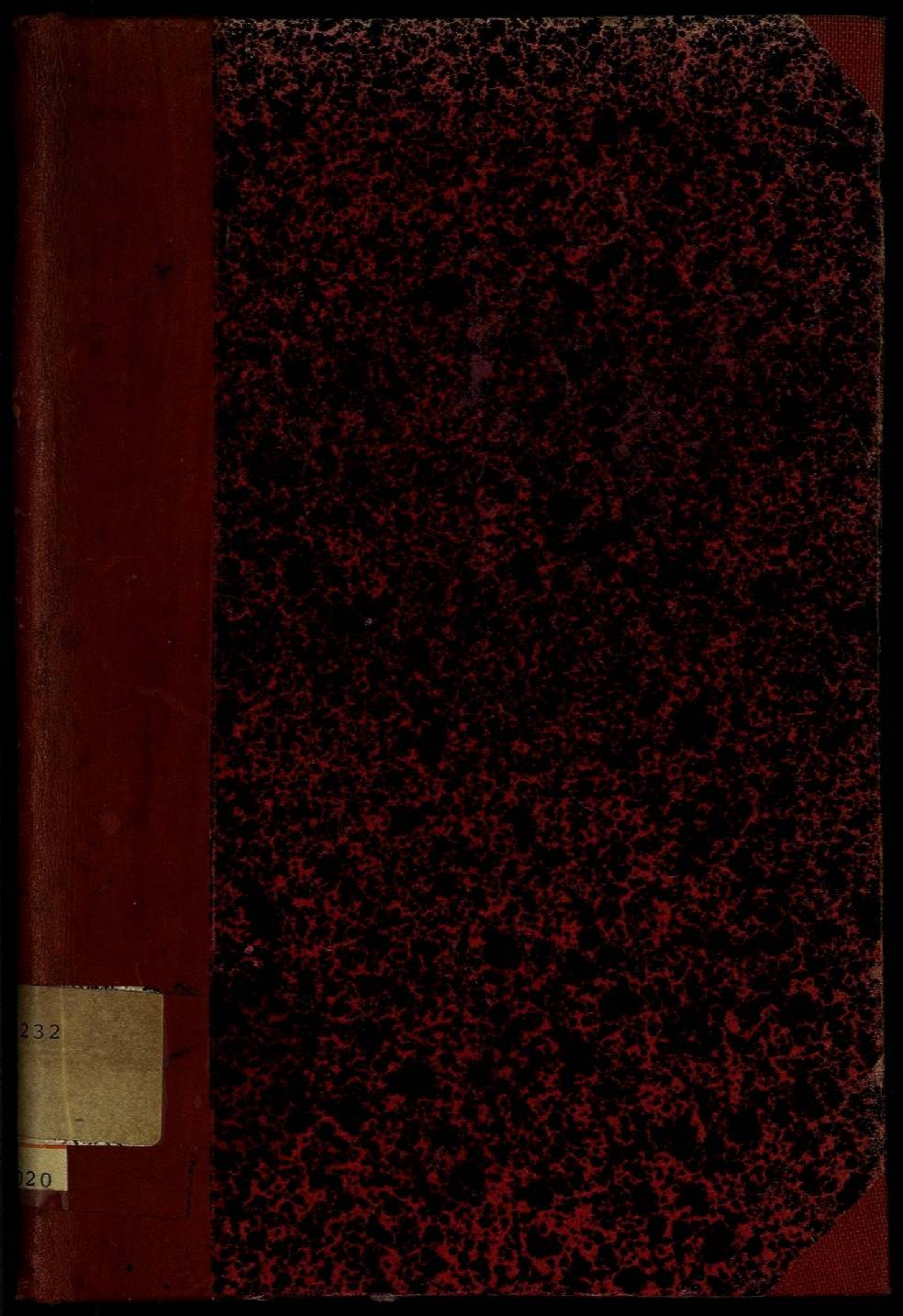
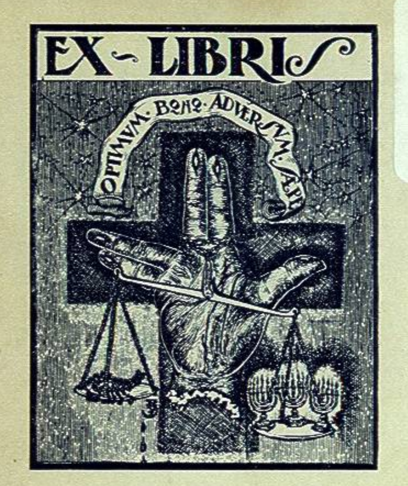
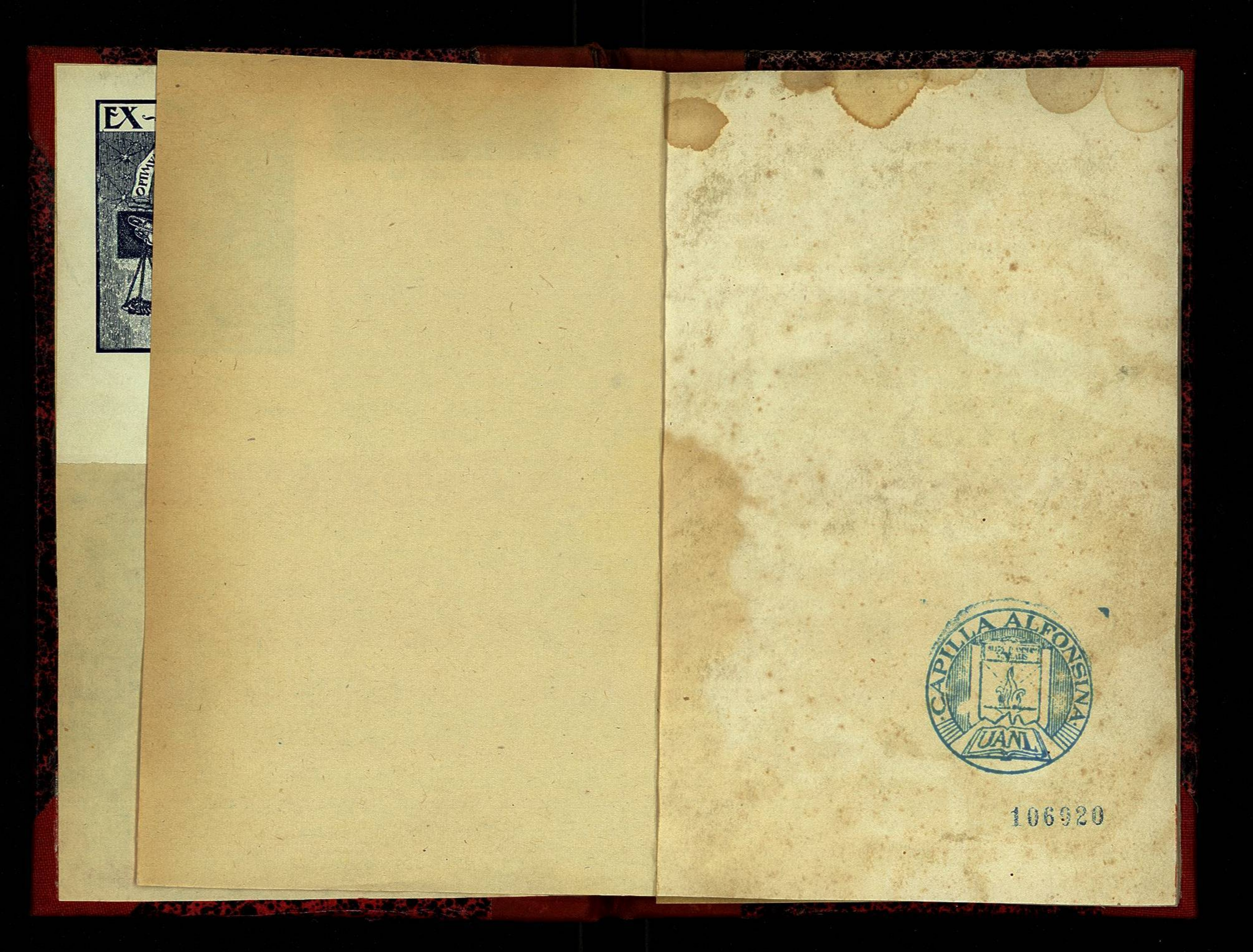


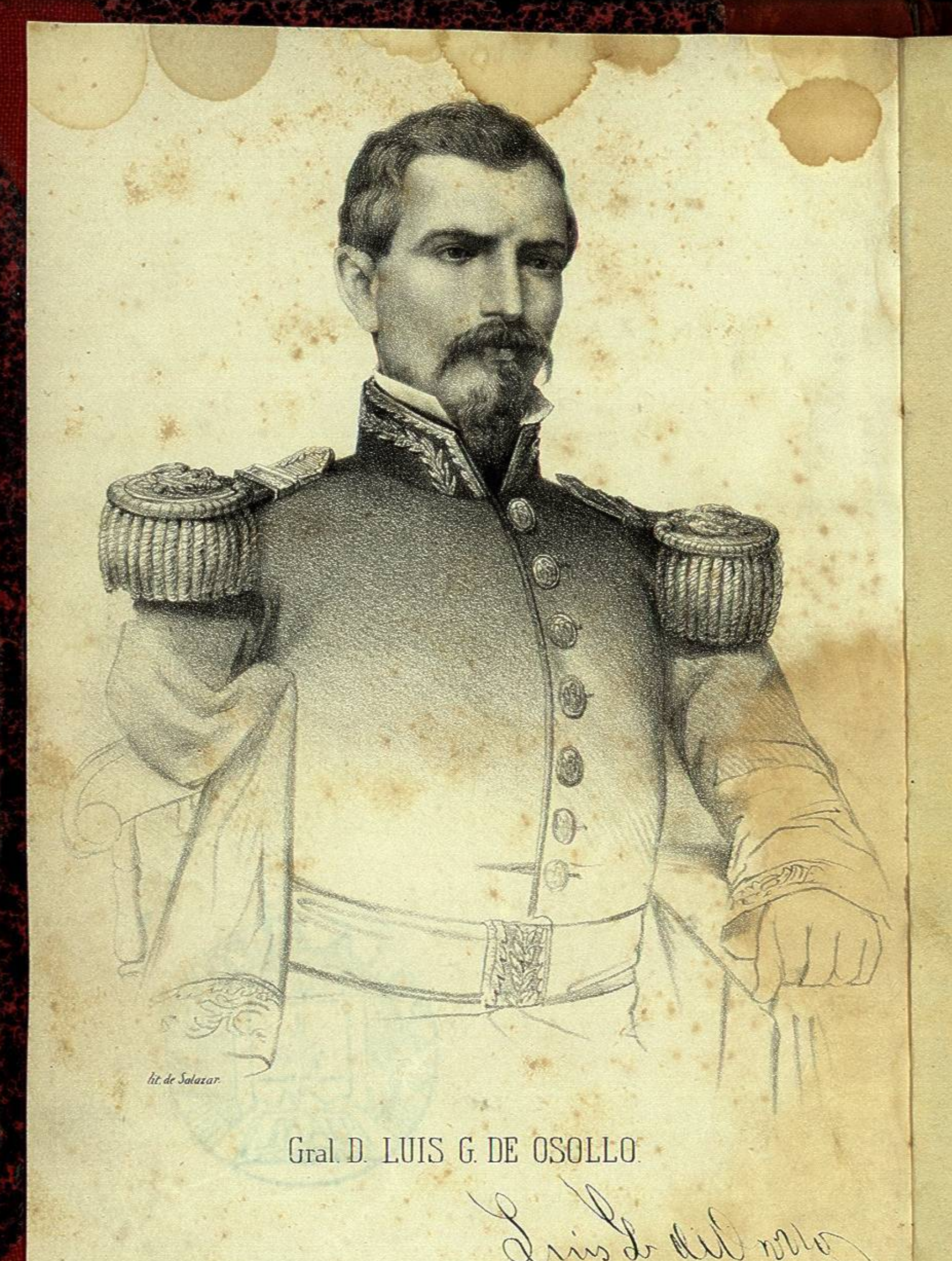
232
020


ORACION FUNEBRE
F123
.5
07
R3
0602


EX-LIBRIS
OPTIMVM·BONO·ADVERSVM·A.P.


1020002452


EX-
OPTIMU
CAPILLA ALFONSINA
UANL



Gral. D. LUIS G. DE OSOLLO.

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA

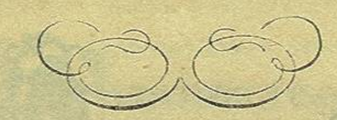
EN LA ALAMEDA DE MEXICO

el dia 11 de Julio de 1859,
en memoria del Exmo. Sr. general

D. LUIS G. DE OSOLLO,

POR EL TENIENTE CORONEL
DE ARTILLERIA

Manuel Ramirez de Arellano.



MEXICO.

IMPRENTA DE JOSÉ MARIANO F. DE LARA,
calle de la Palma núm. 4.

1859.





> Delira por la gloria, porque sabe que solo la gloria puede llenar el inmenso vacío de su alma.
>
> CORMENIN.

Exmo. Sr. Presidente.

SEÑORES:

ALEJANDRO el Grande honró las tumbas de los héroes de la antigua Ilion: los restos de Pompeyo fueron humedecidos con las lágrimas de César, y Napoleon desplegó su asombroso y bélico aparato, en memoria de las víctimas inmoladas á la gloria y engrandecimiento de la Francia. Babilonia y Roma deificaron á sus fundadores tributándoles honores divinos: los Egipcios y los Griegos

elevaron á la altura de los dioses á Osiris, Eleno, Hércules y Perseo. Los cantos de los Druidas y los Bardos resonaron armoniosos y puros en honor de los héroes de los Escitas colocados en el número de las divinidades.

En estas mismas regiones del Nuevo Mundo, sus antiguos pobladores acostumbraban enaltecer el recuerdo de los hombres eminentes. Desde las tostadas y arenosas llanuras que, mezcladas con otras de exuberante fertilidad, forman la ancha faja de tierra limitada por el Atlántico, hasta las costas del Pacífico, en todas partes se entonaban cantos fúnebres, plegarias religiosas, en honor de los guerreros que habian alcanzado la celebridad.

Estos pueblos, estraños á los usos del cristianismo, vestian los cadáveres de sus héroes con el ropaje de la deidad tutelar; sacrificaban gran número de esclavos en las exequias, y quemaban al objeto de estas crueles ovaciones para colocar en una urna sus cenizas.

La gratitud, ese sentimiento noble y sublime, que ha colocado la Providencia divina en el corazon del hombre, y del cual es su mas bello adorno, ha sido la fuente en que las antiguas y modernas sociedades, han bebido las inspiraciones del reconocimiento público.

Ese resorte secreto del alma que impele á la humanidad á derramar copioso llanto por la pérdida de sus benefactores, es el que agrupaba en derredor del ataud de Mirabeau al pueblo de Paris, pidiendo inspiraciones al helado cerebro del tribuno, que habia imitado admirablemente á los hombres del foro romano en los dias de Clodio

y de Ciceron: es el mismo que nos hace rodear hoy la modesta tumba del ilustre general Osollo, del grande hombre que concibió el primero en su cabeza, la brillante idea de efectuar la reaccion de la moral y de los principios del órden, en un país destrozado por los choques de la anarquía y por una libertad borrascosa.

Los genios estraordinarios aparecen raras veces en la escena del mundo: desempeñan el grave papel que les corresponde, y se hunden en el sepulcro, llevándose acaso las esperanzas de un pueblo. Toca á sus conciudadanos mantener vivo, como el fuego de Vesta, el recuerdo de las virtudes con que han brillado, y rendirles la envidiable ofrenda del reconocimiento nacional.

Tal es la grata mision que me ha conducido á esta tribuna por nombramiento espreso del Gobierno Supremo, cuyos nobles sentimientos deseara poder interpretar fielmente. Bien conozco que el encargo con que he sido honrado es muy superior á mis débiles esfuerzos; pero he debido aceptarlo, cediendo á los afectos del corazon, y á la ciega confianza que me inspira la bondadosa indulgencia del ilustrado auditorio que me rodea.

Al colocar la flor de los recuerdos en la fosa en que descansa el héroe, mezclemos al acíbar de las lágrimas las glorias de su pasajera existencia, siguiéndolo brevemente desde la cuna hasta el sepulcro.

El sol del dia 21 de Junio de 1828 alumbró el nacimiento de Osollo. La edad de la lactancia y los primeros dias de su niñez, corrieron en medio de esa agitacion

febril que se difunde en los países destrozados por las guerras civiles. Este niño tal vez se estremeció al oir el ronco estallido del cañon de la Acordada, disparado en 1828 por la misma faccion á quien habia de combatir valerosamente en los últimos años de su corta vida.

Trasladada su familia á Europa, recibió del otro lado de los mares una perfecta educacion primaria, y de regreso á la República emprendió la carrera de las armas, siendo admitido de alumno del Colegio Militar en Abril de 1839.

Desde entonces comenzaron á cumplirse los destinos del héroe. Sus naturales inclinaciones lo ponian en el camino de la gloria, que habia de atravesar con sorprendente velocidad y aplauso general de sus conciudadanos.

En aquel establecimiento científico, Osollo manifestó siempre un gusto dominante por las armas. Los estudios sobre el arte de la guerra, fueron desde luego el objeto de su prediieccion, y muy breve su talento precoz y la estraordinaria dedicacion con que se entregó á ellos, lo hicieron merecedor del ascenso á subteniente.

Como Napoleon en la escuela militar de Brienne, Osollo se sobrepuso desde el colegio á sus camaradas, y ejerció sobre todos, á pesar de su corta edad, el ascendiente irresistible del genio que habia nacido para mandar á los demas.

Predestinado para brillar en los campos de batalla, hasta en sus disgustos de la niñez habia escenas belicosas, que semejaban las querellas de Marco y Silla, de César y de

Pompeyo. Hombre escepcional y verdadero tipo militar, era de continente tranquilo, mirada penetrante y aspecto marcial. Entregado con frecuencia á graves pensamientos, que tal vez le hacian presentir sus futuros destinos, y modulando su voz con las vibraciones de las lenguas heróicas de la Italia, tenia todos los contornos de los hombres ilustres de Plutarco.

Acababa de separarse Osollo del colegio militar, cuando marchó á Veracruz y se embarcó en aquel Puerto para ir á hacer la campaña de la península de Yucatan.

Los vientos frios que en el equinoccio de Otoño se desprenden de la Bahía de Hudson, y que despues de recorrer las costas del Atlántico y el sinuoso golfo de México, se azotan con la furia de los huracanes en nuestras desabrigadas playas y sus islas comarcanas, combatieron con fiereza la nave en que iba el jóven oficial á la campaña. Esta circunstancia familiarizó á su alma superior, con el majestuoso y sublime espectáculo de las tempestades de los mares.

La espedicion que surcara tan proceloso mar, arribó felizmente á la península que debia ser el teatro de la guerra, y allí fué la escuela práctica de Osollo. La Isla del Cármen, el Cerro de la Eminencia, Chiná y tantos otros lugares en que se empeñaron serios combates durante aquella guerra desastrosa, fueron testigos mudos de su indómito valor. Todos sus compañeros de armas reconocieron desde entonces las virtudes militares que lo adornaban, y un concepto no menos honroso que general,

fué el galardon de su primera campaña. De Yucatan marchó á Tabasco y se distinguió en las filas de los bravos soldados que tomaron la Capital de ese Departamento.

¡Campos de la Angostura y Buena vista! vosotros admirásteis á Osollo en Febrero de 1847, combatiendo con denuedo en defensa del honor nacional, atacado en la injusta guerra que trajo á la República la raza Anglo-Sajona.

Las ardientes montañas de Cerro Gordo lo vieron tambien presentar su pecho con serenidad á las balas americanas, disputando tenazmente al enemigo nacional el paso á la Capital.

Este mismo Valle, señores, tan lleno de amargos recuerdos, fué en Agosto y Setiembre de 1847, el gran campo de batalla en que se midieron repetidas veces nuestras armas con las de los soldados del Norte. Epoca de inmensos infortunios, de desastres para la República; pero en la cual el valor y la constancia del ejército, estuvieron á la altura de los que eran dignos sucesores de los soldados que nos dieron patria. Churubusco, el Molino del Rey y las Garitas de esta Capital, escucharon en medio del fragor de los combates, la voz de trueno del capitan Osollo, alentando con su ejemplo el entusiasmo y el patriotismo de sus soldados, porque desde niño desprecia el peligro y "*delira por la gloria, porque sabe que solo la gloria puede llenar el inmenso vacío de su alma.*"

Las ricas montañas del Departamento de Guanajuato, fueron teatro de su valor, cuando una parte del ejército

sofocó en la plaza de aquel nombre la rebelion de 1848.

Veracruz le debe importantes servicios en los primeros meses de la última administracion del general Santa Anna. La guardia nacional de aquel puerto se amotina en Mayo de 1853, y si bien el gobernador y comandante general del Departamento refrena la rebelion por sí mismo, Osollo que estaba en la ciudad de Jalapa vuela en auxilio del órden público. Los habitantes de Misantla apelan á las vias de hecho en una exigencia local, sublevándose contra el gobierno, y se le confia el delicado encargo de la pacificacion de aquel lugar. La guerra de castas, que asuela los campos de Yucatan, toma proporciones gigantescas en 1853, y Osollo se embarca otra vez en Veracruz para ir á contener en sus antiguos límites, tan bárbara como implacable lucha. Al regresar de la península, despues de haber terminado satisfactoriamente la importante mision que habia sido encomendada á su inteligencia militar, fué destinado á la penosa campaña del Sur. Los países de este rumbo, lo vieron ceñir su frente con el laurel de la victoria, en todos los combates que empeñó defendiendo el órden y las garantías.

El general Santa-Anna abdica el poder en Agosto de 1855, y se aleja de las playas de la patria, deseando vivamente quitar todo pretesto á la lucha fratricida que nos devoraba. Para mayor infortunio de la República, este paso sublime de desinteres y patriotismo, tuvo consecuencias muy diversas del noble objeto con que fué dado.

La abnegacion del ejército, la falta de pudor de algu-

nos, la poca prevision de otros, la buena fé de muchos y el desconcierto de todos, hizo que de la nueva situacion del país brotara ese raudal de males inmensos, de desgracias espantosas, que nos ha conducido al precario y lastimoso estado que guardamos actualmente.

Yo quisiera, señores, que en este dia consagrado al duelo y á la gratitud, no llegara á vuestros oidos ni una sola palabra de los rencores políticos. Deseara que, á lo menos hoy, hubiera un paréntesis en nuestras disensiones, y que un espeso velo ocultara el cuadro desgarrador de la contienda civil. ¿A qué envenenar mas desde esta tribuna los ódios de la divergencia de opiniones, que debieran consumirse en una hoguera para purificar el espíritu público? Lejos de mí semejante idea en este dia de dolorosas emociones; pero desgraciadamente la mision que estoy desempeñando me lleva, á pesar de mis deseos, á tocar la cuestion que mas que cualquiera otra ha agitado los encontrados intereses de partido. Tengo por fuerza que dirigir una mirada al orígen de los últimos desastres nacionales; pero trazaré á grandes pinceladas el bosquejo de la época que voy tratando.

El ejército podia dominar con estraordinaria facilidad la revuelta de Ayutla, cuando el general Santa-Anna descendió espontáneamente del poder; pero cometió la grave falta de creer en las promesas del plan que sirvió de enseña á la rebelion, y esplotando entonces sus enemigos la buena fé de la fuerza armada, adelantaron su obra hasta apoderarse de la situacion.

Las huestes de Ayutla, que trocaban inesperadamente el angustioso estado en que se hallaban, abordaron á las Capitales y poblaciones importantes de la República, con el aspecto de frenéticos vencedores.

¿De los hombres que no habian emigrado al estranjero en esta conflagracion general, quién preveia las funestas consecuencias de los estraños acontecimientos que se estaban sucediendo? Solo el jóven coronel D. Luis G. Osollo, que tenia á la sazon el mando militar de Iguala en el Departamento de Guerrero. Allí habia estado luchando contra el torbellino revolucionario que amenazaba devorarlo todo, y allí se designó á sí mismo el honroso y envidiable papel que debia desempeñar.

¡Estraña coincidencia de los sucesos humanos! En la misma Ciudad en que el Libertador de México anunció al mundo el plan que nos hizo independientes, treinta y cuatro años despues, el futuro vencedor de Ocotlan, se inspiraba en las ideas que lo habian de convertir en caudillo esforzado de la Nacion, y en gefe del ejército defensor de las garantías y el órden. Es que acaso existe una cadena misteriosa, que liga á todos los hombres dotados por la naturaleza con los atributos del genio.

Osollo habia estado sosteniendo la lucha en el Sur con el entusiasmo y la constancia que le eran peculiares. En este rumbo que sirviera de foco á la revolucion, habian muerto ya las esperanzas del triunfo para sus autores, cuando se supieron los estraños sucesos de la Capital.

¿Cómo sufrir la humillacion de someterse á la obedien-

cia de los hombres de Ayutla, el que les habia dado en los campos de batalla tan severas y repetidas lecciones? El bizarro y denodado gefe se retiró á la Capital, y cuando esta secundó el plan revolucionario, se ocultó al furor de sus rencorosos enemigos, mientras se le presentaba la ocasion de brillar en todo su esplendor.

Era el único que en esta crísis podia levantar la frente con orgullo, y decir como Francisco I despues de la batalla de Pavia: "Todo se ha perdido, menos el honor."

La revolucion que se habia anunciado á la República asoladora y desastrosa, no prestaba ninguna garantia al asaltar el poder. Un hombre salpicado de sangre en diversos asesinatos parciales ó en masa; denunciado ante la opinion pública como el emblema de la ineptitud, y tachado de complicidad en todas las conmociones generales ó particulares de la Nacion, empuñó las riendas del gobierno y comenzó á desarrollar el programa revolucionario.

La religion, el clero, el ejército, la propiedad y todas las conveniencias sociales, apellidadas viejas instituciones por la bandería de Ayutla, debian de caer á los golpes del ariete demagógico. En muy corto tiempo habia operádose un trastorno general: la áspera mano de la revolucion solo habia necesitado algunos dias para remover indiscretamente, las creencias religiosas, las conciencias, el órden público y hasta el hogar doméstico. Los mismos hombres de Ayutla, ébrios de inconsecuencia en la realizacion de sus promesas, levantaban de nuevo el es-

tandarte de la rebelion para precipitar del poder á su caudillo D. Juan Alvarez. (1)

El curso de los acontecimientos relegó á este hombre á su antigua vida de las montañas, despues de haber colocado en la presidencia de la República á uno de los que figuraban en primer término en las falanjes de Ayutla.

El país se habia horrorizado al presenciar los primeros pasos de la nueva administracion, y dirigia su vista á todas partes, buscando al genio estraordinario, que habia de interpretar la voluntad nacional y defenderla heroicamente de sus enemigos, en los campos de batalla.

Cuando el Autor del universo manda á los pueblos dias de quebranto y de calamidades públicas, les presenta en medio de su afliccion profunda, hombres estraordinarios y varones ilustres, que desplegando los recursos de su propio genio, cambian la faz de las sociedades.

La Grecia seguia una marcha de decadencia continua, en medio de las luchas fratricidas, de la exuberancia de grandes hombres, de poetas y de retóricos, cuando el jóven Alejandro encontró por pasto de su ambicion el mundo Asiático, con la corrupcion de sus poblaciones, sus sátrapas, sus religiones ridículas y despreciables, sus gobiernos caducos, sus estensos límites y su fabulosa opulencia.

(1) Doblado y Echagaray en Guanajuato, y Espino en Tepic, se pronunciaban por Comonfort, desconociendo á Alvarez, precisamente en los momentos en que éste entregaba la presidencia.

Roma, la señora del mundo, habia surcado un mar lleno de tempestades producidas por la libertad, cuando se presentó César á dominarla, y desde entonces las legiones veteranas solo conocieron el camino de la gloria. Era que el conquistador de las Galias habia fascinado á los romanos.

El pueblo francés, cansado de sus propios escesos y de las borrascas de la revolucion, que habia cortado en la guillotina cabezas regias, como la del infortunado y débil monarca Luis XVI, deseaba un genio que concentrara en su persona los instintos bélicos de la nacion, y que desarrollara sus ideas de engrandecimiento y progreso material.

Napoleon se improvisa general, cónsul, emperador, y atravesando con sus ejércitos las cordilleras de los Alpes y de los Apeninos; derramando sus centenares de miles de soldados sobre las fértiles llanuras de la Italia y venciendo en cien batallas, engrandece á la Francia, y atrae sobre su persona la admiracion universal.

Así la República Mexicana, destrozada por una vida llena de luchas intestinas, por la desmoralizacion general, fluctuando siempre entre la dictadura y las parodias del gobierno representativo, combatida frecuentemente por los choques de la anarquía, y entregada, por último, á los horrores de una demagogia desenfrenada, buscaba un genio estraordinario que la salvara de su inminente ruina, porque "Los grandes hombres son los agentes pasivos de

las circunstancias, á la vez que los agentes activos de su propio genio." (1)

Al mismo tiempo que Comonfort subia los escaños del poder, Osollo lanzaba sobre su cabeza la tempestad revolucionaria, cuyos rayos debian al fin herirle mortalmente.

En las montañas de Zacapoaxtla, apareció en Diciembre de 55 la chispa de la reaccion, y como una garantía de la buena causa, el ilustre nombre del héroe, cuya sentida muerte ha lamentado y lamenta la República.

Los hombres de sanas ideas, y de rectos principios, engrosaron brevemente las filas moralizadas del órden y las garantias. La parte mas florida del ejército se agrupó en derredor de aquella bandera nacional, y marchó sobre Puebla, adonde entró triunfante en Enero de 1856.

Por un fenómeno de esos que no tienen esplicacion satisfactoria, la reaccion se detuvo dos meses en las calles de la hermosa ciudad que acababa de conquistar. En este tiempo el gobierno emanado del plan de Ayutla, reunió los inmensos recursos de que disponia, y marchó á combatir el movimiento político, que se habia inaugurado con un triunfo de sus armas y con la sancion de la opinion pública.

Los soldados de la reaccion eran de una bravura estraordinaria y salieron al encuentro del numeroso ejército que llevaba el designio de batirlos. La loma de Montero y el cerro de Ocotlan fueron el teatro de la batalla

(1) Cormenin.

mas heróica y memorable de cuantas se han dado en la República. Tres mil soldados y ocho cañones atacaron á catorce mil hombres con 50 piezas de inmejorable artilleria. El esclarecido coronel Osollo, héroe verdadero de la antigüedad trasladado á las luchas modernas, conquistó en ese dia, 8 de Marzo de 1856, los laureles de la victoria y las palmas de la inmortalidad. "*Soldados: desde lo alto de esos monumentos cuarenta siglos os están mirando:*" así decia Napoleon á su ejército en el paso de las pirámides de Egipto, para reanimar el orgullo de esas falanjes que llenaron el mundo con sus glorias. De la misma manera Osollo, con el ejemplo de un valor temerario, alentaba el entusiasmo y el patriotismo de sus tropas, á la vista del *Ixtacsihual* y del *Popocatepetl;* de esos volcanes gigantes que, hundiendo en el cielo sus altivas frentes cubiertas de nieves perpetuas, han visto tantas veces enrojecerse el fértil suelo de la República, con la sangre derramada en nuestras luchas domésticas, en las guerras de hermanos contra hermanos.

Al frente de los batallones Zapadores y 3.er ligero cargó con arrojo y decision sobre el cerro de San Francisco Ocotlan, centro de la imponente línea de defensa del enemigo: llevando entre las bayonetas del gobierno el pendon que Constantino tremoló en medio de las águilas romanas, arrolló á los contrarios, hizo prisionero á un batallon, se apoderó del parque y la artillería; quedando dueño de la ventajosa posicion y vencedor sin igual en ese dia de tan gloriosos recuerdos.

La página mas bella de la vida militar de Osollo es la victoria de Ocotlan: allí dejó llenos de admiracion á sus enemigos; allí se formó el pedestal de la justa fama que trasmitirá su nombre á la posteridad mas remota, y allí se colocó á la altura de los guerreros esclarecidos. ¿Hizo acaso mas, Leonidas en las Termópilas y Napoleon en Austerlitz?

Vueltas las tropas de la reaccion á sus posiciones de Puebla, el dia 10 de Marzo sufrieron el choque de las numerosas huestes de Comonfort: la mejor defensa de la plaza exigia que Osollo abandonara el cerro de San Juan, retirándose al centro del perímetro fortificado, y así lo verificó abriéndose paso, con un solo batallon, entre millares de combatientes que intentaron detenerlo.

En el triste desenlace de aquella brillante campaña, Osollo rehusó tomar parte en la capitulacion: se indignó con la idea de recibir gracia de sus enemigos, y se impuso el ostracismo, prefiriendo á la humillacion, ir á devorar en medio de la miseria el pan amargo del destierro; pero ostentando en su frente una aureola de gloria militar.

Los lamentos de nuestra sociedad, que marchaba á una disolucion segura y espantosa, salvando los mares llegaron hasta el destierro del vencedor de Ocotlan: al escucharlos decidió lanzarse en una nueva serie de peligros, y desembarcando en las playas de Tampico, se introdujo hasta la Capital de la República. Por esta época, algunos de sus compañeros de armas hacian un segundo y

recio empuje en la invicta ciudad de Puebla, para libertar á la nacion de la dictadura demagógica, y Osollo, siempre grande, abrazó el noble partido de ir á sacrificarse al frente de pequeñas fuerzas, llamando la atencion del ejército sitiador para salvar á aquellos hombres esforzados que, sin mas elemento que el heroismo, hacian una defensa Saguntina.

Las esperanzas del genio se estrellaron ante la fatalidad del destino, y un desastre inevitable en San Juan Coscomatepec, terminó la atrevida campaña que emprendiera con tan nobles deseos. Pero el infortunio solo servia para enardecer mas y mas el valor y el patriotismo del ilustre guerrero que se habia consagrado á la salvacion de la República. Cada revés de la fortuna hacia surgir en su alma nuevos medios de accion, para realizar los ardientes deseos de todos los buenos ciudadanos.

Acababa de regresar á la Capital, despues de los tristes sucesos de Coscomatepec, cuando la reaccion apareció imponente y majestuosa en la ciudad de San Luis Potosí. Osollo vuela entonces sin demora á prestarle el apoyo de su temible espada y el prestigio de su esclarecido nombre. Los cerros de la Magdalena del Departamento de Querétaro, fueron el teatro de una batalla sangrienta y desgraciada, entre las fuerzas del órden y las de Comonfort. En esta vez 1.000 soldados de las primeras resistieron el choque de 7.000 de las segundas; pero los azares de la guerra obligaron á las filas de la reaccion á emprender una retirada con direccion á la Sierra Madre.

Osollo se encargó de cubrir la retaguardia en este movimiento retrógrado, y repetidas ocasiones rechazó, con asombroso valor, el ataque de todo el ejército enemigo, que cargaba con arrojo y tenacidad.

La época de prueba y de amargos desengaños no debia pasar aún para la nacion mexicana: era preciso que la lucha se prolongara mas, y que nuevos infortunios pesaran sobre los hombres que habian rehusado cooperar al desarrollo de las ideas disolventes. Una bala de cañon arrancó el brazo derecho del general Osollo en la retirada para la Sierra: esta desgracia inesperada llevó el desórden y la confusion á sus filas, realizándose una derrota, súbita y general, en aquellas tropas tan ardorosas y valientes antes del fatal suceso. El bravo mutilado redobló sus esfuerzos en aquellos momentos de dolor supremo: sin restañarse la sangre de la herida y olvidando la inmensa desgracia que acababa de sufrir, apuntó varias veces los cañones; victorió con entusiasmo y ardor á la causa del órden y al ejército, y trató de restablecer la moral de sus soldados, que se habia perdido al recibir él la dolorosa herida.

Guerrero esclarecido, ciudadano ilustre y varon admirable, debia caer pero coronado de flores y en medio de la gloria y de los aplausos, como las víctimas en el circo romano. Abandonado de los suyos; sin fuerzas ya para resistir el dolor y debilitado por las pérdidas abundantes de la mutilacion, se entregó á los contrarios con esa ciega confianza de las almas generosas. Cuando este

paso atrevido del general Osollo, grande en la prosperidad y mas grande en el infortunio, sea visto á traves del prisma de la tradicion, la posteridad confundirá al héroe que lo dió con los ciudadanos de Esparta, y lamentará, como nosotros, la sensible pérdida de tan esforzado guerrero.

Los dias de pena y calamidades acabaron por fin de deslizarse: la parte del ejército que, por un esceso bien lamentable de lealtad, habia servido de único apoyo á la faccion de Ayutla, volvió sobre sus pasos, y uniéndose á sus compañeros de armas, que estaban del lado de la opinion pública y de las conveniencias sociales, acometieron juntos la noble empresa de salvar al país del duro yugo que lo oprimía. Entonces se marcó el *hasta aquí* á los hombres que habian hundido á la Nacion en un profundo abismo de inmensas desgracias, prorumpiendo en gritos de *reforma* y de *progreso* á cada desastre de la reaccion; pero ganando realmente terreno en la práctica de sus ideas desorganizadoras. Las duras y nuevas exigencias que formaban el programa diario de esa banderia, de tan amarga memoria, concluyeron con la reforma del plan de Tacubaya, llevada á buen término con la ayuda de las mejores espadas de la reaccion.

Los hombres que animados del mas loable patriotismo iniciaron en la Capital este honroso movimiento, llamaron á tomar en él la parte que les correspondia, á los coroneles Osollo y Miramon, que en esos momentos entraban triunfantes en la Ciudad de Cuernavaca.

La ocasion de venir á las manos las fuerzas conten-

dientes se presentó brevemente. El coronel Miramon atacó con su genial bravura, el Hospicio y la ex-Acordada, puestos avanzados de los que pretendian contener el derrumbamiento de aquel gobierno gastado y aborrecido. Osollo se trasladó á la inmediacion del teatro de la guerra, y cooperó al brillante triunfo de su digno camarada, atendiendo con oportunidad los pedidos de reservas y municiones, y estando dispuesto á lanzarse en su ayuda si necesario fuera.

Tan fuerte y bien combinado ataque decidió el triunfo en favor de la reaccion, y Comonfort cayó herido por los rayos de la tempestad que él habia querido descargar únicamente sobre la cabeza de los suyos. En seguida huyó al estranjero, acompañado de la execracion general, y sus colaboradores se dispersaron en todas direcciones á cubrir de luto á la República.

México rindió entonces una ovacion sincera y espontánea al héroe que habia impendido tantos y tan costosos sacrificios en defensa de la causa nacional. Osollo recorrió las calles de la ciudad regadas de flores, y la gratitud pública colocó una corona en las sienes del héroe que ostentaban ya la aureola de la gloria. El gobierno le decreta la banda de general de brigada; pero él rehusa hasta donde le es posible, aceptar tan merecido como honroso distintivo: (1) tiene aspiraciones mayores: ambiciona

(1) Estando reunidos en un gabinete de palacio la víspera de que se publicara el bando que derogó la ley de desamortizacion, el Presidente de la República, general D. Félix Zuloaga, Osollo y el orador, tuvo lugar una escena rarí-

la ocasion de hacer la felicidad de su patria, y "*delira por la gloria, porque sabe que solo la gloria puede llenar el inmenso vacío de su alma.*"

La coalicion de los departamentos del interior se presentó terrible y amenazadora: el esforzado caudillo marchó á combatirla, y un solo golpe bastó para destruir en los campos de Salamanca aquel aparato de guerra. En medio del triunfo tendió una mano generosa á los vencidos, procurando la union de todos los mexicanos.

Acababa de regresar á México cubierto de sus nuevos laureles, cuando horribles escenas representadas en Zacatecas hicieron necesaria otra vez su presencia en el interior.

La guarnicion de aquella plaza se defendió heróicamente de los constitucionalistas que la atacaron; pero al fin tuvo que ceder á la falta de elementos y al escesivo número de sus contrarios. El general Manero y varios gefes y oficiales pagaron su heroismo, siendo fria y bárbaramente asesinados en nombre de la libertad.

Osollo se dirige con presteza á la ciudad de San Luis Potosí, llevando el designio de unir á sus tropas la division del Norte, para abrir la campaña y escarmentar al enemigo, que se llena de terror al saber que debe luchar con tan afamado capitan. Pero ¿qué significa ese dolor

sima, durante la cual Osollo rehusó varias veces presentarse en público con las insignias de la nueva clase, á que habia sido justamente ascendido, y fué preciso, para lograr su asentimiento, que el Presidente concluyera por prevenirle, en su carácter de tal, que mandara el bando del dia siguiente, llevando las divisas que correspondian á su nuevo empleo.

profundo que, partiendo del Norte, se apodera de toda la República?..... ¿Por qué caen las nacientes esperanzas de la patria como las espigas de los campos que corta la segur del labrador?..... ¿A quién se hacen esos funerales de muerte en las mismas calles que acaba de transitar el héroe, grande y majestuoso, recibiendo la ovacion de un pueblo que lo llena de bendiciones?..... ¿Por qué ese llanto desgarrador y esos suspiros congojosos de una generacion entera?..... ¿De quién es esa tumba que se levanta circundada de gloria?..... ¡Ah, mexicanos! La patria ha perdido su mas ilustre ciudadano: la religion un defensor entusiasta y valeroso, y el ejército un caudillo sereno y esforzado. El vencedor de Ocotlan, el mutilado de la Magdalena, el generoso en los campos de Salamanca, el que levantó del suelo y paseó con honor por todos los ángulos de la República el pendon de Iturbide, ha volado de este mundo á otro mejor, y ocupa su lugar entre los justos del Señor. (1)

¿Conque no bastaba al tormento de la nacion la série de grandes desastres y de amargos desengaños sufridos en mas de siete lustros de escandalosa discordia, sino que era preciso entonar cantos fúnebres, elegias patéticas y sublimes por la pérdida del hombre que moderaba la lucha encarnizada con que México deshonra la historia, presentando á las pasiones humanas en toda su desnudez, y sin freno ni valladar?

(1) El general Osollo falleció en San Luis Potosí, devorado por la fiebre, el dia 18 de Junio de 1858.

Osollo era cuando murió, el foco adonde convergian los rayos de esperanza de todos los buenos ciudadanos. El pagó, no obstante, á la naturaleza el tributo impuesto sin escepcion á los individuos de la especie humana. Los grandes y los pequeños, todos estamos limitados por la nada. La Providencia divina corta el hilo misterioso de la vida, cuando place á sus inescrutables designios, y cada hombre recorre en mas ó menos tiempo, sin poder evadirse, el camino que principia en la cuna y termina en el sepulcro.

Alejandro el hijo del Macedonio, el discípulo de Aristóteles, saciado de triunfos y de glorias en la primavera de su vida, tropieza con la muerte en medio de los deleites y vapores de un espléndido festin.

Bruto clava el puñal republicano en el corazon de César, y el ilustre hombre que habia dictado sus leyes al mundo, cae herido á los piés de la estátua de Pompeyo, en los momentos de ir á ser electo por el senado emperador perpetuo de Roma.

Napoleon, perseguido por la volubilidad de una fortuna caprichosa, ve eclipsarse su estrella entre el humo de la batalla de Waterloo, y matando su espíritu este duro golpe del destino, va á hundirse en la fosa de la humanidad en medio de las rocas solitarias de Santa Elena, azotadas de continuo por las olas del Océano.

Los grandes imperios, las ciudades opulentas, todo se derrumba en la incesante y precipitada marcha del tiempo, contribuyendo á sostener el equilibrio del mundo, cifrado en la sucesion de la vida y de la muerte.

¿Dónde están los Asirios que vivian sobre las riberas del Tigris; los Caldeos que habitaban las del Eufrates, y los Persas que ocupaban desde el Indo al Mediterráneo? ¿Qué se han hecho los reinos de Samaria y de Jerusalem; de Damasco y de Idumea; las repúblicas mercantiles de la Fenicia y los pueblos belicosos de los Filisteos? ¿Dónde se hallan las cien ciudades poderosas de la Siria, y Tebas la de los cien palacios?

La soledad de las tumbas ha sucedido al bullicio de las plazas públicas, y solo quedan en aquellos lugares de tanta animacion y vida, los escombros de la opulencia pasada; un recuerdo confuso y vago que se perderá en la noche de los tiempos.

Las brillantes creaciones de la mano del hombre siguen la misma suerte. Los templos de Balbek y de Jerusalem; los palacios de Persépolis, los baluartes de Nínive; los muros de Babilonia, los astilleros de Arad y los talleres de Sidon, todo se desmoronó, todo pasó como las vistas de un rico y variado panorama.

Ese principio de vida y de muerte, que alcanza á todo lo criado; que arrastra al universo al término fijado por el Artífice Supremo, fué el que trajo al mundo al vencedor de Ocotlan para que llenara la República con su nombre, y el que hizo pesar sobre nosotros la inmensa desgracia de su irreparable pérdida; porque "*todos los caminos de la gloria van á detenerse al sepulcro.*" (1)

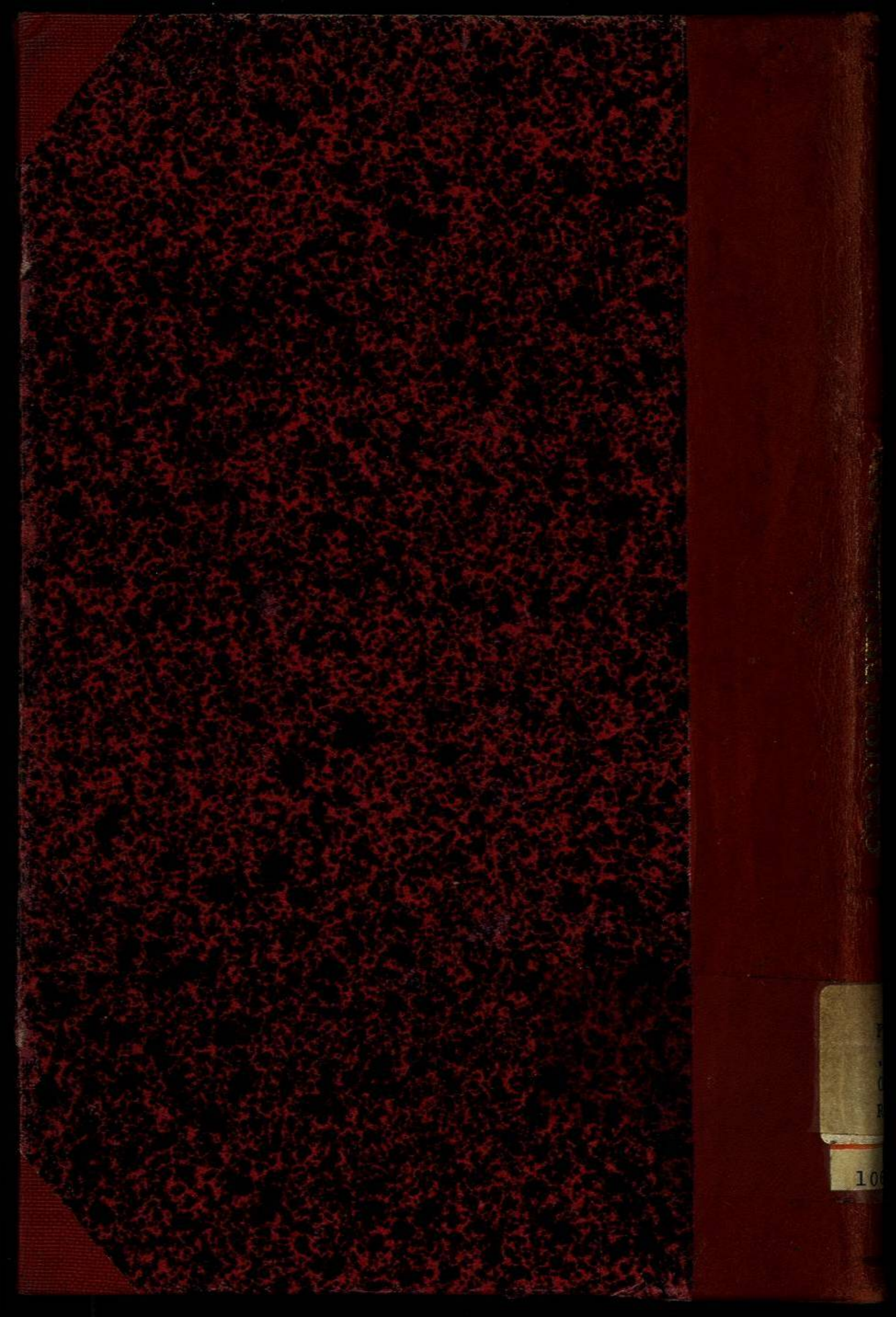
(1) Chateaubriand.

Pero los benefactores de los pueblos, los varones ilustres, los hombres eminentes, se hunden en la tumba llevando por sudario el manto de la gloria, y seguidos de las bendiciones de una generacion. Por eso los ministros de la religion, de esa religion poética y sublime que derrama un bálsamo de paz sobre el corazon y que dulcifica nuestras pasiones, han elevado hoy hasta las plantas del Altísimo, en el altar del sacrificio y con el aroma del incienso, las humildes preces de un pueblo agradecido, que en sus estremos dolores llora apasionadamente la temprana muerte del general Osollo. Por la misma causa el supremo gobierno, alentando el espíritu militar, é interpretando el sentimiento público, tributa á la grata memoria del esclarecido caudillo una justa ovacion de respeto y gratitud. Sí, Sr Exmo., en este dia de gloria póstuma, en que se celebra el apoteósis del valor y de las virtudes civiles y militares, el águila nacional está mustia y abatida, el ejército cubierto de luto, la sociedad toda llorosa y desolada, y el pueblo entusiasta y agradecido dice al héroe con dolorosa emocion: *"recibe en la muerte los honores que te decreta tu patria."* (1)

¡Mexicanos! la sombra protectora del vencedor de Ocotlan, del ilustre general Osollo, nos exita desde el cielo á imitar su noble ejemplo, en la grandiosa obra de la pacificacion de la República. Hagámoslo así y la nacion se salvará —DIJE.

(1) Inscripcion puesta en el túmulo de Voltaire.




10